



Mitos y leyendas de la Argentina

Historias que cuenta nuestro pueblo

Iris Rivera

ILUSTRACIONES
DE DIEGO MOSCATO



El Sombrerudo

En las provincias del Noroeste, las siestas de verano suelen ser muy calurosas. Y, por eso, la gente acostumbra quedarse en las casas descansando. No se ve a nadie por las calles. Sin embargo, si a algún desprevenido o a algún travieso incurable se le ocurre salir a esas horas, el calor no será el problema más grave al que se enfrentará. También deberá cuidarse, y mucho, de no cruzarse con el Sombrerudo. La que sigue es la historia de uno que no se cuidó.

—No andés por el fondo —me dijo la tía Balbina—. Y menos cerca del membrillo. O se te va a aparecer el Sombrerudo.

De mi tía Balbina te hablo, la de Catamarca, la brava. Muy brava, mi tía. Ese verano lo pasé con ella. Había pasado otros, pero ese no me lo olvido.

No es que le tuviera miedo-miedo a la tía. ¡Pero le tenía un respeto...!

Es que contaba historias de esas que... bueno. Como la del Sombrerudo. Yo ya andaba por los nueve años y tanto no creía. Me gustaba vagar a la hora de la siesta con el José. Y eso era lo que ella no quería.

Lo que me daba gracia era la forma que tenía el José de espantar al Sombrerudo. Un día se le escapó decirlo adelante de la tía.

—Con mier... con caca —dijo.

Yo le pregunté a ella si era verdad.

—Mirá: el Sombrerudo hace sus buenas chanchadas, cómo no —y lo miró seria al José—. Pero no aguanta la chanchada ajena. Igual, vos te quedás acá adentro y a la siesta no me salís.

—Pero... con el Joséeeee...

—Con el José, nada. A menos que querás¹ que el Sombrerudo te pegue una paliza que te deje tonto. ¿Eso querés? Bueno, si querés eso, andá... Total, te llevo al hospital y que te enyesen.

Entonces era cuando yo entraba a creerle un poco. La paliza, el hospital. Me imaginaba con los huesos rotos, la cabeza cosida. ¿Entendés?

• • •

¡Qué siestas largas, las de Catamarca! ¡Y cómo me gustaba andar vagando! El José era mayor que yo. Como once, tenía.

Esa tarde la tía se había recostado. Bah..., siempre se recostaba. El aire zumbaba de tan caliente. El sol en el patio te quemaba las patas. Y yo (¡qué respeto

1 En este relato, los personajes usan las formas verbales características del habla de la región: *querás*, por *quieras*; *andá*, por *andes*; *has quedao*, por *has quedado*, etcétera.

ni respeto!) me iba a escapar. Y listo. Aunque terminara enyesado.

En eso, un silbido. Era el José. Di la vuelta a la casa y encaré para el fondo, justo para donde no tenía que ir.

Pasé como flecha junto al horno de barro. La tía me tenía dicho que el Sombrerudo muchas noches las pasaba ahí. Que ahí vivía. Ni de reojo miré.

Cuando llegué al membrillo, lo trepé como un gato. Y salté la tapia.

—Chei..., ¿vamos pa' las quintas? —me habló bajito el José.

—A la de don Wenceslao —voté yo.

Don Wenceslao era mezquino como él solo. Y también dormía la siesta. Y no hay como el gustito de la fruta que nunca te convidan..., ¿no?

Así que allá fuimos, bordeando la acequia². De machitos, nomás. Porque sabíamos bien que al Sombrerudo le gusta aparecerse en las acequias. Y más se te aparece si sos amigo de la fruta ajena.

Mirando para todos lados, íbamos. Y menos mal que tanto no creíamos.

¡Yo tenía un hambre de higos!

2 Zanja o canal por donde se conduce el agua para el riego o para otros fines.

En eso, me agarran de la ropa y me tiran para atrás. No me salió el grito y entré a tirar trompadas.

—¡Chei! Me vas a embocar una...

Era el José. Y me llevó a la rastra hasta un tronco caído.

—Se me hace que he visto algo... —dijo en un hilito de voz.

Y nos quedamos agachados. A metros de la higuera de don Wenceslao. Estaba cargadísima. Algunos higos chorreaban miel.

—¿Qué viste, José?

—Al Sombrerudo, creo.

—¿Al Sombrerudo?!

—Sssh... Por allá...

Vi moverse unos pastos sospechosos. De medio metro de alto, eran. ¡La altura del Sombrerudo!

Entonces vi... ¿un sombrero ancho?, ¿una cabeza mechuda? Podía ser el reverbero³ del sol, pero...

—¿Viste algo negro? —dijo el José.

—Sí... Bah... No sé...

—Yo sí vi algo negro. Ha de ser la ropa del Sombrerudo...

Los pastos se volvieron a mover. La lengua se me puso de cartón. Los ojos se me salían de la cabeza.

3 Reflejo de la luz sobre una superficie.

¡El Sombrerudo! Se me reía en voz alta. No le podía ver la cara, no... Pero, igual, nunca se la deja ver.

¿Estaba ahí de veras el Sombrerudo? Yo lo veía, con los bracitos cortos, y la mano de fierro y la mano de lana.

—¿Con cuál mano querís que te pegue?

La mano de fierro duele más que la de lana. Y la de lana, más que la de fierro. Con cualquiera de las dos te revienta, el Sombrerudo. Sin compasión.

—¡Tomá! ¡Tomá! ¡Tomá!... Pa' que no andís vagando.

Eso me iba a decir si elegía la de lana. Y lo mismo si elegía la de fierro. Le vi los pantalones rotos, los pies descalzos, chiquititos. Hasta le vi los cuernitos debajo del sombrero. Y me corrió electricidad por la espalda.

En eso siento que me zamarrean.

—¡Chei, chei! ¡Te has quedao opa⁴!

Era el José.

—¿Que no ves que no hay nada? No hay Sombrerudo, nada.

Era cierto.

—Pero si yo lo vi...

—¡Julepe⁵ que tenís, es lo que viste!

4 Idiota.

5 Susto súbito e intenso.

El José apartaba los pastos. Me puse a hacer lo mismo, y del Sombrerudo, ni huellas. ¡Uf! ¡Pero un olor hediondo⁶...!

Y el José que grita:

—¡Ahí, ahí!

Ahí había una bosta grande, redonda, amarilla. ¡Bosta de Sombrerudo! Disparé como liebre. Quería estar con la tía Balbina. Hasta dormir la siesta quería.

—Pero si ya se fue... ¡Se ha ido...! Llevémonos los higos, sonso...

De a poco fui aminorando. Hasta que paré. El José insistía, pero yo no iba a subir al árbol. No.

—Haceme pie, por lo menos —dijo el José.

Temblando como un valiente, empecé a volver. Y le hice pie. El José trepó y cortaba higos.

Yo los abarajaba. Me metí muchos en los bolsillos. Todos los que entraron. Los otros los amontoné en el suelo, para el José.

En eso, siento un chasquido entre los pastos.

¡Chau...! Salí disparando otra vez.

—¡Pero si es un cuis! De acá lo veo... —gritó el José en la rama y se largó a reír.

⁶ Un olor muy desagradable.



Pero ya mi cabeza no mandaba. Eran mis piernas. La risa del José se oía cada vez más lejos. Hasta que no la oí más.

Llegué a la tapia de la tía, me prendí de una saliente y salté al membrillo. Me bajé por las ramas, caí en el patio y pasé adelante del horno. ¡El horno!

Yo no miraba nada, pero se nota que las orejas las revoleaba en todas direcciones. Porque oí el golpe de unos pies chiquititos, como de bebé de teta. Como si hubieran saltado desde la tapia. Me acordé de la mano de fierro, de la mano de lana, de la cabeza cosida, del yeso y del hospital.

—¿Con cuál mano querís que te pegue, robón de fruta?

Me vacié los bolsillos y regué los higos por ahí. No sé lo que quería hacer yo. Como que no tenía la culpa. O le quería hacer ver que me arrepentía. No sé. Entré en la casa sin mirar a quién dejaba afuera.

Me metí en la cama y me tapé hasta el pelo. ¡Con el calor que hacía! El corazón me zapateaba un malambo.

• • •

—¡Pero mirá qué sucio! ¿Dónde anduviste? ¡¿Dónde?! Más vale que no te hayás trepao al membrillo... ¡¡Más vale!!

Era la tía Balbina, que me había destapado. Estaba hecha una furia. ¡Una furia! Pero yo no iba a confesar.

—Andá... ¡Salí de acá, con esa mugre! ¡Andá afuera! ¡¡Andá!!

Adentro, la tía furiosa; afuera, el Sombrerudo. ¿Qué era peor? No sé, la cosa es que salí al patio de nuevo. ¡Ay...! los higos. Seguían regados al sol.

Los empecé a juntar, desesperado. Vigilaba el horno y la puerta de la cocina al mismo tiempo. Y eso que quedan para lados contrarios.

Los higos me hacían bulto en los bolsillos. La tía se iba a dar cuenta. Entonces se me cruzó una idea. Y me los empecé a comer.

Mordía y, sin masticar, tragaba. Mordía, tragaba. Mordía, tragaba...

En eso, me gorgotearon⁷ las tripas. Fuerte. Y otra vez. Y otra. Mi barriga era un revoltijo. Una olla de nervios y de higos calientes.

¡Ayyyyy...! ¡Qué dolor! Hasta del Sombrerudo me olvidé. Hasta de la tía. Y no alcancé a llegar al baño. No. No llegué.

Lo que sí llegó a todos los rincones de Catamarca fue el aroma de mi mal momento.

⁷ Produjeron un ruido parecido al que hace un líquido al moverse dentro de una cavidad.

Vi a la tía salir al patio y fruncir mucho la nariz.

Y te aseguro que vi a un hombrecito enano, todo de negro, salir del horno. Vi que miró a la tía. Y te juro que le salieron chispas por los ojos.

—¡Puerca! ¡Puerca! ¡Puerca! —chillaba el Sombrero-do echándole la culpa a ella, por lo visto—. ¡Puerca! ¡Puerca! ¡Puerca! —seguía chillando.

Trepó al membrillo, saltó la tapia y no volvió a la casa nunca más.